

Retiro Mayo 2020

Degollación de **Juan Bautista**



Degollación de Juan el Bautista

(Mc 6,17-29)

Juan el Bautista no es solo el precursor del Señor; es también el último profeta del Antiguo Testamento y el primero del Nuevo. Sus palabras de fuego anunciaban, pero también denunciaban. Ha sido enviado para presentar al autor de la vida, pero sus diatribas contra Herodes lo llevan a la prisión y le enfrentan con Herodías. Hallará la muerte en medio de un festín de borrachera y pasiones desenfrenadas. Hoy son muchos también los que se entregan a vicios que los hacen entrar en senderos de autodestrucción y muerte. Sobre estas adicciones destructivas reflexionamos este mes.

Regresa a ti mismo

Preparémonos para vivir este día de retiro. Que sea el Espíritu Santo el que venga a nosotros, para que tomemos consciencia de que Cristo habita en nuestros corazones y que él es la vida de nuestra propia alma:

Envíanos, Señor, tu Espíritu Santo. Que él nos haga darnos cuenta de que Cristo habita por la fe en nuestros corazones, en el hombre interior. Haz que vivamos siempre de su vida y no nos alejemos de ella. Te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén (ep. 140,26, paráfrasis).

Tu voz es mi gozo

Con un corazón bien dispuesto, leo sin prisa las siguientes palabras del evangelio según san Marcos, degustándolas y dejándome impactar por ellas:

Herodes había enviado a prender a Juan y le había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo, con quien se había casado. Porque Juan decía a Herodes: «No te está permitido tener la mujer de tu hermano». Herodías le aborrecía y quería matarle, pero no podía, pues Herodes temía a Juan, sabiendo que



era hombre justo y santo, y le protegía; y al oírle, quedaba muy perplejo, y le escuchaba con gusto.

Y llegó el día oportuno, cuando Herodes, en su cumpleaños, dio un banquete a sus magnates, a los tribunos y a los principales de Galilea. Entró la hija de la misma Herodías, danzó, y gustó mucho a Herodes y a los comensales. El rey, entonces, dijo a la muchacha: «Pídemelo que quieras y te lo daré». Y le juró: «Te daré lo que me pidas, hasta la mitad de mi reino». Salió la muchacha y preguntó a su madre: «¿Qué voy a pedir?» Y ella le dijo: «La cabeza de Juan el Bautista». Entrando al punto apresuradamente adonde estaba el rey, le pidió: «Quiero que ahora mismo me des, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista». El rey se llenó de tristeza, pero no quiso desairarla, a causa del juramento y de los comensales. Y al instante mandó a uno de su guardia con orden de traerle la cabeza de Juan. Se fue y le decapitó en la cárcel y trajo su cabeza en una bandeja, y se la dio a la muchacha, y la muchacha se la dio a su madre. Al enterarse sus discípulos, vinieron a recoger el cadáver y le dieron sepultura (Mc 6,17-29).

El firmamento de las Escrituras

Claves bíblicas

El evangelista destaca cómo Juan le reprocha a Herodes que según la ley no puede estar con la mujer de su hermano Filipo (Mc 6,18). Juan se convierte en la conciencia acusadora del rey y provoca el disgusto y el desprecio de Herodías.

Y también señala el evangelio –aunque lo dice entre líneas– cómo manipula Herodías a su hija y, en definitiva, al mismo rey Herodes, que termina con la decapitación de Juan Bautista. Muestra cómo los dirigentes del pueblo toman decisiones según sus propios intereses y no en función del bien común, velando por los más débiles.



Claves agustinianas

San Agustín no comenta este pasaje entero. Sí se detiene, entre otras cosas, en un detalle que le llama la atención: el hecho de que Juan muera decapitado. Aquí ve representada el Obispo de Hipona la humildad del Precursor. Con el modo de su muerte, Juan hace honor a las palabras que, según san Agustín, expresan su programa espiritual de vida: «Es preciso que él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30). Juan disminuyó incluso físicamente, al cortársele la cabeza; mientras que, por el contrario, Cristo fue exaltado en la cruz para que pudiera ser visto por todos:

Mengüemos en el hombre, crezcamos en Dios. Humillemonos en nosotros para ser exaltados en él. El misterio de tan gran realidad se cumplió también en las pasiones de ambos. Para que el hombre se humille, Juan perdió la cabeza; para que Dios sea exaltado, Cristo fue colgado del madero (s. 289,5).

Pero hay un segundo punto sobre el que podemos detenernos, tomando pie del ambiente de fiesta y embriaguez en que todo se origina. Se trataría del abuso del alcohol o de otra sustancia. Veamos algunos apuntes que tomamos de Agustín.

En Milán, antes de su conversión, un mendigo borracho le hace ver a Agustín la vanidad de sus aspiraciones: mientras él buscaba la felicidad por el camino de la gloria, aquel pordiosero la había conseguido con unas pocas monedas y una botella de vino barato (conf. 6,9).

El Santo recuerda también el ejemplo de su madre, Mónica, que fue corregida a tiempo por una criada anciana. Recuerda, incluso, el calificativo que le dedicó: *meribibulam, borrachuela* (conf. 9,18), que a Mónica la llenó de vergüenza, ayudándola a no volver a caer en el vicio.

El alcoholismo era una lacra que se había introducido incluso dentro de la Iglesia, en donde algunos justificaban su amor por la bebida disfrazándola de devoción. En efecto, en tiempo del Santo, en el norte de África se acostumbraba comer y beber en las tumbas de los mártires. Eran una muestra de



veneración al santo en cuestión, y generalmente terminaban en grandes borracheras. Por ello él, en su diócesis prohibió esa costumbre, y la censuró como una grave falta de respeto a la casa Dios. Recurrió, incluso, a la comparación con la expulsión de los vendedores del templo: si Cristo expulsó del templo de Jerusalén a los vendedores (Jn 2,13-25), con mucha más razón echaría de la Iglesia a quienes vienen a ella para embriagarse:

Llamé su atención, planteando el problema de la embriaguez. Yo mismo leí todo el capítulo y añadí un debate para mostrar con cuánto mayor motivo e ira hubiese desterrado nuestro Señor del templo los convites y borracheras, cuando desterró el comercio lícito de los que vendían las víctimas, en aquel tiempo necesarias para los sacrificios tradicionales. Terminé preguntando qué les parecía más semejante a una cueva de ladrones, si el vender lo necesario o beber más de lo debido (ep. 29,3).

Como comenta en la ep. 29, después de varios días de lucha con los «glotones y borrachos» (ep. 29, 6), que se resistían a abandonar su costumbre de comer y beber con los mártires, san Agustín logra convencerlos; y les hace derramar, incluso, abundantes lágrimas:

Les dije que si despreciaban las amonestaciones que les intimé y leí, yo confiaba en Dios que les visitaría con la vara y el látigo y no les permitiría condenarse con este mundo. En esta queja mía obré según los ánimos e ingenio que nuestro Tutor y Gobernador me infundió, en correspondencia con la magnitud del peligro. No fueron mis lágrimas las que provocaron las suyas, pues confieso que, mientras estaba hablando, ellos se adelantaron a llorar y yo no pude contenerme de hacer otro tanto. Después de llorar en común, terminé mi plática con la esperanza plena de la corrección (ep. 29,7).

El clamor de los pobres

Las adicciones

La adicción es considerada una enfermedad crónica. Consiste en la dependencia que tiene una persona de una



sustancia, actividad o relación que le genera alivio y/o placer. A la sensación agradable se une la búsqueda de una recompensa. Se trata de un hábito compulsivo que la persona no puede controlar. Esta compulsión suele afectar la salud de la persona que la padece y su vida cotidiana, pues provoca problemas en sus relaciones familiares, en sus relaciones de amistad y en su rendimiento laboral. Cuando el adicto se sale de su rutina le sobreviene el síndrome de abstinencia, con reacciones como el estrés, la ansiedad, la depresión o el insomnio.

La ciencia psicológica y psiquiátrica distingue tres tipos de adicción: adicción a una sustancia, adicción a un comportamiento y adicción emocional a una persona.

Adicción a una sustancia. Es la dependencia que experimenta una persona hacia una sustancia o compuesto químico que le da alivio o satisfacción. Entre estas sustancias están la cocaína, la heroína, la marihuana, el éxtasis, el cristal, la nicotina y el alcohol. La droga provoca la liberación masiva de neurotransmisores como la dopamina, que causa placer y relajación. Al mismo tiempo tiene consecuencias nocivas para la salud física y mental del adicto: desajustes neuroquímicos en la motivación, memoria y control cognitivo, problemas físicos de muy diverso tipo o conductas antisociales varias.

Adicción a una conducta. Es la dependencia que experimenta una persona hacia una actividad o conducta que le genera bienestar. Entre estas adicciones está la ludopatía, la pornografía, la adicción a los videojuegos, al internet, a las redes sociales, al móvil, a la comida, al deporte, a las compras o al trabajo.

Adicción a una persona. Es la dependencia que experimenta una persona en su relación con otra. Se trata de una relación inestable y destructiva a través de la cual la persona dependiente se somete, idealiza y magnifica a la otra persona.

Testimonio de un adicto a la pornografía. Empecé a consumir pornografía esporádicamente. Todavía la tecnología no estaba tan avanzada, o por lo menos no a mi alcance. En casa había un ordenador, pero sólo uno y a la vista de todos; no existían los *smartphones*. Eso llegaría a mis 20 años. Así



que mi manera de consumir empezó con revistas. Pero luego no dejó de ir a más.

Cuando llegué a los 21 años, tuve un parón importante, pero no pude dejar de masturbarme. Y a los 23 me casé. El matrimonio sólo acentuó mi dolor. Esta vez, con toda la tecnología a mi alcance, comencé a descubrir el mundo de la pornografía como no lo había visto antes: cuántas páginas, todas distintas, muchísimos vídeos, cada cual más extraño, extremo y excitante. Ahí comenzó un proceso descendente en mi vida; desde los 23 años hasta los 26, mi adicción fue en una espiral cada vez más oscura, más baja, más dura. Poco a poco, este mundo de pornografía fue cambiando mi mente, mis pasiones, mis deseos, mis aspiraciones, mis impulsos, mi forma de ver la vida. Lo cambió todo.

Se había convertido en una adicción que había transformado mi manera de ver y mirar el mundo. Era otra persona distinta, no la que se había casado con mi mujer. Empecé a consumir a todas horas: en el trabajo, al despertar, al irme a la cama... Y lo combiné con otra adicción: me enganché a los videojuegos. Repartía mi tiempo entre ir a trabajar y después jugar y jugar, ver algún vídeo lo suficientemente excitante como para darme placer y sentir un alivio de ese dolor. Dormía 5 horas al día. Era como un zombi. Dejé de estar con mi mujer y de tener relaciones sexuales con ella. Estaba a punto de echar mi vida por la borda.

Pero, en medio de toda esta debacle, ahí estaba ella: ¡mi mujer!, la gran superheroína de la historia de mi vida, que se había dado cuenta de que algo me pasaba. No le había dicho que tenía una adicción. Cuando ella me preguntaba si consumía pornografía, o si jugaba a la *play station* mientras ella no estaba, siempre respondía negativamente. Hasta que no podía negar la evidencia y tenía que pedirle perdón. Una y otra vez le prometí que no volvería a hacerlo, pero una y otra vez volvía a caer. Estaba cansado, sin fuerza y sin esperanza de poder cambiar. El deterioro era cada vez mayor, y mi mujer, que me amaba profundamente, decidió parar aquel proceso de degradación.



Buscó ayuda... y la encontró en un amigo, alguien dedicado a ayudar a personas con este problema, a quien yo conocía de toda la vida. En mi adolescencia había para mí un referente, una persona a la que siempre había tratado de agradar y que esta vez iba a verme en mi realidad más vergonzosa. Aquel amigo me recogió, ayudó, aconsejó, hizo todo lo que estaba en su mano y en un acto de amor me aconsejó que fuera a un centro de rehabilitación. El centro de rehabilitación ha sido lo más fuerte y profundo que he vivido nunca. Allí voló todo mi orgullo y el proceso ha podido concluir.

Hoy mi mujer y yo seguimos estando juntos. Salí de aquel centro hace ya tres años. Hemos recompuesto nuestro matrimonio, nuestros sueños. Tenemos un hijo que nos recuerda que no volveremos a pasar por lo mismo. Hoy ayudamos a otras personas y matrimonios en medio de procesos horribles, de donde un día nosotros salimos... (www.daleunavuelta.org-9 de octubre de 2019).

Tu compromiso, tu respuesta

— Herodes escuchaba con gusto a Juan el Bautista, pero sus palabras no lo movían a un cambio. ¿Qué efecto tienen en ti las palabras de Dios y las de tus hermanos? ¿Tienes alguna adicción de la que no puedes salir?

— Herodías odiaba a Juan por decir la verdad. ¿Cómo reaccionas tú cuando alguien te dice la verdad? ¿Albergas en tu interior odios y rencores?

— La cabeza del Bautista sirvió de pago por la danza que ejecutó la hija de Herodías. Según tu punto de vista, ¿qué peligros hay en el hecho de ser “profeta” y anunciar la palabra de Dios en un medio hostil?

Oración final

Haz, Señor, que mengüemos en el hombre y crezcamos en tu Espíritu; que nos humillemos en nosotros mismos, para ser exaltados con Cristo. Que imitemos la santidad de Juan y su humildad, para merecer un día sentarnos en el banquete del Cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

